

Y tú dices « al fin hombre »,
Y yo digo « al fin mujer »,
Y ninguno es el culpable :
¡ La humanidad así es !

EN MEMORIA DEL POETA

MANUEL M. FLORES

(COMPOSICIÓN LEÍDA EN EL LICEO HIDALGO)

Negra pupila, abierta y fulgurante,
Ancha y tersa la frente pensadora,
Reposado el andar, dulce el semblante,
La mano diminuta y tembladora ;
Todo extrañando el peso del turbante,
Del blanco jaique y de la guzla mora :
Así le conocí, cuando sentía
Amor y juventud el alma mía.

Era... ya lo sabéis, el inspirado,
El egregio cantor de los amores ;
El que hablaba el idioma delicado
De las brisas, las fuentes y las flores.

Semejaba, en el siglo, un desterrado
De las rondas de antiguos trovadores,
Que en alta noche el mandolín tañía
Al pie de la callada celosía.

Él cantaba el más tierno de los seres,
¡Encarnación de la belleza humana!
Habla de ilusiones y placeres,
De una dicha inmortal y soberana;
Del amor que derrama en las mujeres
Más luz que el sol brillando en la mañana,
Y cuyo beso, en alas de su anhelo,
Basta á juntar la tierra con el cielo.

Después... su frente pálida, abatida,
Una sonrisa lúgubre en su boca;
Su voluntad heroica ya vencida,
Semejaba, en lo firme, abrupta roca
Gastada por las olas de la vida;
En el vaivén de la fortuna loca...
El alma llena de esplendor y fuego,
Y sus ojos sin luz... ¡ya estaba ciego!

Ya sentada á sus puertas la pobreza,
Conociendo del mundo los rigores,
Hirió su altiva frente la tristeza;
Cantó libre sus íntimos dolores,

Y halló en premio á sus sueños de grandeza
Tardes nubladas y marchitas flores;
Horas lentas, amargas, intranquilas,
Y la noche en el alma y las pupilas.

¡Gladiador del espíritu! ¿á qué meta
Pretendes ir así? ¿No te imaginas
Que si mirara tu pupila inquieta,
Vieras el jaramago en las ruínas?
Ya ciñes la corona del poeta,
Ya conoces su peso y sus espinas,
Ya del rebelde mundo en el proscenio,
Como un errante sol, brilló tu genio.

Mirad... el genio cruza este desierto,
Entre penas y lágrimas cautivo...
En la tierra es un vivo que está muerto,
Y en la tumba es un muerto que está vivo.
Amar, soñar, creer, mirar abierto
Un templo más allá, luchar altivo,
Y consumirse al fuego que lo abrasa,
Tras un aplauso que resuena y pasa.

Tu patria sabe honrarte, enaltecerte,
Para ser inmortal tienes derecho;
Nadie en tu derredor culpa á la suerte,
Ni sollozos exhala de su pecho;

En las nupcias del genio con la muerte,
La Historia es un hogar, la tumba un lecho,
Y ambas fulguran con eterna llama
Hoy que engendran un hijo de la Fama.

FRENTE A TOLEDO

Arriba azul, verde abajo,
Pleno abril, sol esplendente,
Y yo sentado en un puente
Que cabalga sobre el Tajo.
Ara el buey con gran trabajo
La lejana sementera;
Zumba la abeja doquiera;
Cada planta tiene flor;
Los cielos dicen : ¡amor!
Y los campos : ¡primavera!

Vibra en la extensión lejana,
Que el Tajo hirviente recorre,
La voz que en gótica torre
Da á los aires la campana;

Católica y musulmana,
 Infundiendo asombro y miedo,
 Desde el puente mirar puedo,
 Entre mil tintas bermejas.
 Cúpulas, torres y rejas
 De la ciudad de Toledo.

¡Cómo resaltan, bañadas
 Del sol por los rayos puros,
 En cornisones oscuros
 Almenas desportilladas!
 Sobre ramblas aplomadas
 Se mira en conjunto vago
 El rudo y constante estrago
 De los siglos, que han escrito
 Su paso sobre el granito
 Con ortiga y jaramago.

¡Toledo! rico tesoro
 De señoriales contiendas,
 De cuentos y de leyendas
 Que enaltecen al rey moro :
 Te envuelve en nimbos de oro
 El sol que tus campos baña,
 Y tienes la pompa extraña

De una majestad caída,
 Que refleja, ya vencida,
 Todo el esplendor de España.

De tus grandezas testigo,
 El Tajo á tu voz responde :
 Sirte de plata que esconde
 Misterios del rey Rodrigo.
 En ti buscaron abrigo
 Héroes de raras historias,
 Cuyos hechos y memorias
 Impiden, á extrañas gentes,
 Con tus desgracias presentes
 Nublar tus pasadas glorias.

Toledo, soñé en mirarte,
 Y al fin feliz te contemplo,
 Como silencioso templo
 De la tradición y el arte.
 Vengan otros á estudiarte :
 Nunca atizó mi ansiedad,
 Ver si pueblan tu ciudad
 Almás grandes ó mezquinas :
 Me basta ver tus rüinas,
 Me encanta tu soledad.

Ya sin puente ni rastrillo,
Destrozado el minarete;
Sin lanzas en el almete
Del paredón amarillo,
Semeja el feudal castillo
Mansión de espectros sombría,
Do nunca el rayo del día
Halla, al penetrar ligero,
Ni en la sala al caballero
Ni en las torres al vigía.

Sólo la indiscreta fama
Cuenta que en tiempo pasado
Tuvo el castillo clavado
En la puerta un oriflama;
Fué prisión de hermosa dama
Cautiva en redes de amor,
Y á tanto llegó el rigor
De su infortunada suerte,
Que, por celos, le dió muerte
Con el hacha, su señor.

En angosta saetera
Su nido cuelga el vencejo,
Y crece el duro cornejo
En la inútil halconera.

Encubre la enredadera
El desgastado blasón;
Sin lengua está el esquilón;
La poterna sin cerrojos;
Hay en el glacis abrojos,
Y ortiga en el torreón.

El sillar tosco y plomizo
Llora en el musgo su duelo;
Cruza de tarde el mochuelo
El húmedo pasadizo;
Sostiene el arco macizo
Un pesado corredor,
Que en el ángulo interior
Guarda en piedra mal tallado
Un Cristo crucificado,
Que ya no inspira fervor.

Los altos muros deslava,
Retratando las almenas,
El Tajo, cuyas arenas
Pisó tímida la Cava;
Bajo su lecho de grava
Oculta el undoso río
Todo el pasado sombrío

De historias y tradiciones;
 Joyas, armas y blasones
 Del gótico poderío.

Con soberbia majestad,
 Por la historia consagrados,
 Alza sus muros calados
 Coronando la ciudad,
 El Alcázar que en la edad
 De heroísmo sin segundo,
 Vió con asombro profundo
 Salir de allí, sin mancilla,
 Los leones de Castilla
 Para dominar el mundo.

Allí el rencor acibara
 Bajo sus cotas de acero
 Á don Pedro el Justiciero
 Y á Enrique de Trastámara.
 Si cada piedra guardara,
 Por mano de Dios escrito,
 De la virtud y el delito
 Las luchas que ha contemplado,
 Lanzara el mundo espantado
 Frente á cada piedra un grito.

Mas tan sólo de grandeza
 Y ostentación son destello :
 Siempre lo grande y lo bello
 Vive en la naturaleza.
 Hasta en su muda tristeza
 Tienen pompa las ruinas;
 Defienden secas espinas
 Las tumbas de ilustres muertos,
 Y en los salones desiertos
 Son reinas las golondrinas.

¡Soledad! ¡silencio! ¡estrago!
 El tiempo con mano ruda,
 Siembra en el alma la duda,
 Y en el muro el jaramago.
 En vano el mentido halago
 De una brillante memoria
 Alza recuerdos de gloria
 De polvo glacial y leve,
 Que sólo levanta y mueve
 El huracán de la historia.

Sigue el hombre por la tierra,
 Como ayer, triste camino,
 Incansable peregrino

Siempre con el mal en guerra.
 ¿Quién vacila? ¿quién se aterra
 Ante tan rudo trabajo?
 Arriba azul, verde abajo,
 Pleno abril, sol esplendente,
 Y al mar empujando hirviente
 Sus claras ondas el Tajo.

BIBLIOTECA PARTICULAR
 DE LA

Srita. Felicitas Lozoya

PROFESORA DE CANTO.

COLÓN É ISABEL

(POESÍA LEÍDA POR SU AUTOR EN LA VELADA DEL
 12 DE OCTUBRE, EN MÉJICO)

Á EVARISTO FOMBONA

Cantar á ese gigante soberano
 Que al soplo de su espíritu fecundo
 Hizo triunfar el pensamiento humano,
 Arrebatando al mar un nuevo mundo;
 Cantar al que fué sabio entre los sabios,
 Cantar al débil que humilló á los grandes,
 Nunca osarán mi lira ni mis labios.
 Forman su eterno pedestal los Andes,
 El Popocatepelt su fe retrata,
 Las pampas son sus lechos de coronas,
 Su majestad refleja el Amazonas,
 Y un himno á su poder tributa el Plata.
 No es la voz débil que al vibrar expira,
 La digna de su nombre; ¿puede tanto

La palabra fugaz?... ¿Quién no lo admira?
La mar, la inmensa mar, ésa es su lira,
Su Homero el sol, la tempestad su canto.

 Cuando cual buzo audaz, mi pensamiento
Penetra del pasado en las edades,
Y mira bajo el ancho firmamento
De América las vastas soledades :
El inca dando al sol culto ferviente,
El araucano indómito y bravío,
El azteca tenaz que afirma el trono,
Adunando al saber el poderío :
¡Á cuántas reflexiones me abandono!...
Todas esas sabanas calentadas
Por la luz tropical, llenas de flores,
Con sus selvas incultas, y sus bosques
Llenos de majestad ; con sus paisajes
Cerrados por azules horizontes,
Sus montes de granito,
Sus volcanes de nieve coronados,
Semejando diamantes engarzados
En el esmalte azul del infinito ;

 Las llanuras soberbias é imponentes,
Que puebla todavía

En la noche sombría
El eco atronador de los torrentes ;
Los hondos ventisqueros,
Las cordilleras siempre amenazantes,
Y al aire sacudiéndose arrogantes,
Abanicos del bosque, los palmeros ;
No miro con mi ardiente fantasía
Sólo una tierra virgen que podría
Ser aquel legendario paraíso
Que sólo Adán para vivir tenía ;
Miro las nuevas fecundantes venas
De un mundo á las grandezas destinado,
Con su Esparta y su Atenas,
Tan grande y tan feliz como ignorado.
Para poder cantarlo, busca el verso
Una lira con cuerdas de diamante,
Por único escenario el Universo,
Voz de huracán y aliento de gigante.

 Que destrence la aurora
Sus guedejas de rayos en la altura :
Que los tumbos del mar con voz sonora
Pueblen con ecos dulces la espesura :
Que las aves del trópico, teñidas
Sus alas en el iris, su contento

Den con esas cadencias tan sentidas
 Que van de selva en selva repetidas
 Sobre las arpas que columpia el viento.
 Venid conmigo á descorrer osados
 El velo de los siglos ya pasados.

Tuvo don Juan Segundo
 En Isabel de Portugal, la bella,
 Un ángel, que más tarde fué la estrella
 Que guió á Colón á descubrir un mundo.
 El claro albor de su niñez tranquila
 Se apagó en la tristeza y en el llanto.
 En el triste y oscuro monasterio
 Donde, envuelta en el luto y el misterio,
 Fué Blanca de Borbón á llorar tanto.
 Allí Isabel fortaleció su mente,
 Y aquel claustro de Arévalo imponente
 Fe le dió para entrar al mundo humano,
 Dió vigor á su espíritu intranquilo,
 Fué su primer asilo soberano,
 Cual la Rábida fué primer asilo
 Del Vidente del mundo americano.
 Muerto Alfonso, su hermano,
 En el convento de Ávila se encierra,
 Y hasta allí van los grandes de la tierra,

Llenos de amor, á disputar su mano.
 Ella da el triunfo de su amor primero
 Á su igual en grandeza y en familia,
 Al que, rey de Sicilia,
 Es de Aragón el príncipe heredero.
 Á tan gentil pareja
 Con ensañado afán persigue y veja
 De Enrique Cuarto la orgullosa corte;
 Pero palpita el alma castellana
 Que de Isabel en la gentil persona,
 Más que la majestad de la corona,
 Ve la virtud excelsa y soberana.
 La España en Guadalete decaída,
 Y luego en Covadonga renacida,
 No vuelve á unirse, ni por grande impera,
 Hasta que ocupa, sin rencor ni encono,
 De Berenguela y Jaime el áureo trono,
 El genio augusto de Isabel Primera.
 Grande en su sencillez, es cual la aurora
 Que al asomarse, todo lo ilumina;
 Humilde en su piedad, cual peregrina
 Va al templo en cada triunfo, y reza, y llora;
 Nada á su gran espíritu le agobia:
 Desbarata en Segovia
 La infiel conjuración: libra á Toledo,

Fija de las costumbres la pureza,
 El crimen blasonando en la nobleza
 Castiga, vindicando al pueblo ibero :
 Por todos con el alma bendecida,
 Por todos con el alma idolatrada,
 Rinde y toma vencida,
 Edén de amores, la imperial Granada.
 Dejadme que venere
 Á esa noble mujer... Llegóse un día
 En que un errante loco le pedía,
 Ya por todos los reyes desdeñado,
 Buscar un hemisferio, que veía
 Allá en sus sueños por el mar velado.
 No intento escudriñar el pensamiento
 Del visionario que á Isabel se humilla.
 ¿La América es la Antilla
 En que soñó Aristóteles? ¿La Atlántida
 Que Platón imagina en su deseo,
 Y menciona en su diálogo el Timeo?
 ¿Escandinavos son los navegantes
 Que cinco siglos antes
 De que el insigne genovés naciera,
 Fijo en Islandia su anhelar profundo,
 Al piélago se arrojan animados,
 Y son por ruda tempestad lanzados

Á la región boreal del Nuevo Mundo?...
 ¡Yo no lo sé! Se ofusca la memoria
 Entre la noche de la edad pasada ;
 Sólo hay tras esa noche una alborada :
 Isabel y Colón : ¡la Fe y la Gloria!

¡Cuántos hondos martirios, cuántas penas
 Sufrió Colón! ¡El dolo y la perfidia
 Le siguen por doquier! ¡La negra envidia
 Al vencedor del mar puso cadenas!
 Maldice á Bobadilla y á Espinosa
 La humanidad que amamantarlos plugo...
 ¡El hondo mar con voz estrepitosa
 Aun grita maldición para el verdugo!
 El mundo descubierto,
 Á hierro y viva sangre conquistado,
 ¿Fué solamente un lóbrego desierto?
 ¿Vive? ¿palpita? ¿crece? ¿ha progresado?
 ¡Ah sí! Tended la vista... Cien naciones,
 Grandes en su riqueza y poderío,
 Responden con sonoras pulsaciones
 Al eco tosco del acento mío.

El suelo que Cortés airado y fiero,
 Holló con planta osada,
 Templando lo terrible de su espada
 La dulzura y bondad del misionero,
 Cual tuvo en Cuauhtemoc, que al mundo asombra,
 Tuvo después cien héroes : un Hidalgo,
 Cuya palabra sempiterna vibra ;
 Un Morelos, en genio esplendoroso ;
 ¡ Un Juárez, el coloso
 Que de la Europa y su invasión lo libra !
 Bolívar, en Santa Ana y Carabobo,
 Y en Ayacucho Sucre, son dos grandes,
 Son dos soles de América en la historia,
 Que tienen hoy por pedestal de gloria
 Las cumbres gigantescas de los Andes.
 ¡ Junín! el solo nombre
 De esta epopeya mágica engrandece
 El lauro inmarcesible de aquel hombre,
 Que un semidiós al combatir parece.
 Sucre, Silva, Salom, Córdoba y Flores,
 Colombia, Lima, Chile, Venezuela,
 En el Olimpo para todos vuela
 La eterna fama, y con amor profundo
 La ciñe eterna y fulgida aureola :
 ¡ Gigantes de la América española,

Hoy tenéis por altar al Nuevo Mundo!
 Ningún rencor nuestro cariño entraña :
 Del Chimborazo, cuya frente baña
 El astro que á Colombia vivifica,
 Á la *montaña estrella*,
 Que frente al mar omnipotente brilla,
 Resuena dulce, sonora y bella
 El habla de Castilla :
 Heredamos su arrojo, su te pura,
 Su nobleza bravía.

¡ Oh, España! juzgo mengua
 Lanzarte insultos con tu propia lengua ;
 Que no cabe insultar á la hidalguía.
 En nombre de Isabel, justa y piadosa,
 En nombre de Colón, ningún agravio
 Para manchar tu historia esplendorosa
 Verás brotar de nuestro humilde labio.
 ¡ Á Colón, á Isabel el lauro eterno!
 Abra el Olimpo su dorada puerta,
 Y ofrezca un trono á su sin par grandeza :
 Resuene en nuestros bosques el arrullo
 Del aura errante entre doradas pomas :
 Las flores en capullo
 Denles por grato incienso sus aromas :

El volcán, pebetero soberano,
 Arda incesante en blancas aureolas,
 Y un himno cadencioso el mar indiano
 Murmure eterno con sus verdes olas...
 El universo en coro
 Con arpas de cristal, con liras de oro,
 Al ver á los latinos congregados,
 Ensalce ante los pueblos florecientes
 Por la América misma libertados,
 Aquellos genios, soles esplendentes
 De Colón é Isabel, y con profundo
 Respeto santo y con amor bendito,
 Libre, sereno, eterno, sin segundo,
 Resuene sobre el Cosmos este grito :
 ¡Gloria al descubridor del Nuevo Mundo!
 ¡Gloria á Isabel, por quien miró cumplida
 Su gigantesca empresa soberana!
 ¡Gloria, en fin, á la tierra prometida,
 La libre y virgen tierra americana!

Á MARÍA RIVADENEYRA

Jalapa es un verjel de paz y amores
 Que presintió mi anhelo;
 Allá en mis sueños conocí sus flores
 Y adiviné su cielo.

Habláronme en la infancia, en la alborada
 De mi revuelta vida,
 De esta mansión para el amor formada,
 Por el amor nutrida.

Aquí, mi padre disfrutó la calma
 De la ilusión naciente;
 Aquí vino sin sombras en el alma
 Sin canas en la frente.

Y guardó fiel hasta el postrer momento
 La memoria hechicera

De este Edén, como guarda el pensamiento
 Á la mujer primera.

« El Edén no es un mito, puedes hijo
 Conocerlo algún día...
 Jalapa es un Edén... » y me lo dijo
 Trémulo de alegría.

Murió, me dejó huérfano, teniendo
 Espinas por alfombra;
 ¡ Seis años hace ya que está durmiendo
 Tras de la eterna sombra!

¡ Quedé á vivir sufriendo decepciones
 Que consumen y abrasan;
 Á ver pasar ensueños é ilusiones
 Como las nubes pasan!

En medio de la lucha, solo, triste
 Y de sufrir cansado,
 Llegué á pensar : pues el Edén existe
 Iré al Edén soñado.

Y vine y encantáronse mis ojos
 Cuando en la niebla leve

Vi azules lirios, tulipanes rojos
 Y camelias de nieve.

Cuando de enhiestos montes á la falda
 Vi el naranjal sombrío
 Y engarzado entre cuencas de esmeralda
 El blanco caserío.

Curó ese panorama mis heridas,
 Busqué paz y reposo
 Y abriéronme las puertas bendecidas
 De tu hogar venturoso.

¡ Ay! venturoso entonces, en la aurora
 Del más sereno día,
 ¡ Cuando aun no entraba la traidora,
 La Pálida, la Fría!

Cuando tu santa madre no lloraba
 Inclinando la frente;
 ¡ Cuando, con trece abriles la besaba
 Tu hermano, eterno ausente!

Entonces vine y estreché los lazos
 De esta amistad sincera,

Á la que doy, tendiéndole mis brazos,
De ofrenda el alma entera.

Hoy hace un año que apuré las heces
De nuestro adiós primero;
Desde entonces he vuelto muchas veces...
¿Por qué?... ¡porque las quiero!

¡Ay! si pudiera como fresca brisa
Animar estas flores;
Poner en cada rostro una sonrisa:
Curar tantos dolores;

¡Si el dulce bienestar que ayer he visto
Hoy fuera igual y cierto!
¡Si la amistad pudiera como Cristo
Resucitar á un muerto!

Mañana, al separarme de este hermoso
Jardín tierno y amado,
Te dejara la dicha y el reposo
De que siempre has gozado.

Mas ¿quién á la oropéndola caída,
Á mustia tuberosa,

Á la nivea caléndula perdida
En sirte cenagosa,

Les devuelve el perfume y los colores
Que ostentaron por galas?...
¡Sus hojas, al morir, cierran las flores,
Los pájaros sus alas!

¡Frente á la eternidad todo se cierra!
Quien es justo en el suelo
Puede cerrar sus ojos en la tierra...
¡Los abrirá en el cielo!

Hoy que sangra en tu hogar la inmensa herida
Que abrió alevosa mano,
No olvides que en los campos de la vida
Tienes en mí un hermano.

Jalapa, 16 de febrero de 1889.